

Fútbol y lengua

LUIS CORTES

PROFESOR DE LENGUA DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES DEL CAMPUS DE ALMERIA

DESDE la aplicación de una nueva serie de reglas al desnudo del Camp Nou, desde la victoria del FC Barcelona en la Copa de Europa a la llegada al mundo futbolístico de un personaje como Ruiz Mateos, la temporada que ahora termina ha sido tan prolífica en noticias como en partidos televisados.

Las lenguas, y la española no podía ser una excepción, se hallan en un constante e ininterrumpido devenir; es obvio que intenten, continuamente, adaptarse a las nuevas necesidades cotidianas, hacer frente a las exigencias de la vida; esta evolución es la muestra más clara de su vigor y de su eficacia. Por desgracia, no todo cambio implica una favorable evolución.

En el mundo del fútbol, como en cualquier otro, nuevos términos han venido cada temporada a enriquecer su léxico, con lo que la lengua ha intentado adaptarse a las novedades de este deporte, una de cuyas manifestaciones es la estrategia táctica. Así, conocimos los vocablos: *defensa-escoba*, *centrocampista*, *mediopunta*, *central-marcador*, etc. para designar nuevas formas de situar en el campo a los protagonistas del espectáculo. En esta temporada 1991-1992 hemos asistido a la expansión de una nueva voz: *carrilero*.

Cuando empecé a interesarme por este deporte, las defensas de los equipos estaban solamente preocupadas por las labores defensivas; resultaba extraño que una *lateral* de entonces (Marquitos, Segarra, Lesmes o Canito) *subiera por la banda*, dicho con el lenguaje sectorial; para atacar por esas franjas del campo ya estaban los *extremos*, cuya forma de juego es hoy tan distinta que cuando hay alguno que lo hace a la antigua usanza se denomina, curiosamente, *extremo-extremo*; temporadas después apareció el *defensa-atacante*, aquel con capacidad para defender y al mismo tiempo atacar por el lado correspondiente a su demarcación. Las nuevas tácticas van a cambiar el concepto de defensa, su posición en el campo, su número, condicionado por el de atacantes del equipo rival, y surge una nueva función: la de *carrilero*, palabra derivada del sustantivo *carril* y el sufijo *ero*, que alterna con *ista* (centrocampista), *dor* (marcador), *ante* (atacante), *sor* (defensor), etc., en la formación de *agentes*, en este caso futbol-

ístico, y con la que se designa a aquel jugador que, ocupando posiciones retrasadas en su equipo, irrumpe con más o menos frecuencia hacia la portería enemiga por uno u otro de los extremos longitudinales del campo. Estamos ante una nueva palabra que nace para hacer frente a un nuevo concepto y cuya forma se adecúa al sistema español, las dos condiciones que ha de cumplir cualquier neologismo.

Desgraciadamente, ha de ser distinta nuestra opinión con algunos términos que, incorporados absurdamente a otros aspectos de la vida, han aterrizado, para mayor desgracia, en el terreno que nos ocupa: me refiero al *posicionamiento* de un equipo en el terreno de juego y a la posibilidad de *receptionar* bien o mal un balón por parte de alguno de los futbolistas.

Las palabras *posicionar/posicionamiento* ya han sido una y otra vez criticadas y han merecido columnas tan prestigiosas como las del *Diálogo de la lengua* (ABC, 6-11-1982), firmada por El Brocense, y *El dardo en la palabra* (ABC, 4-11-1984),

por F. Lázaro Carreter; en ambos casos el término es considerado como un anglicismo derivado de *to position*, que significa *asumir o mantener una actitud*, por lo que su desafortunada acepción venía de la mano ideológica, o sea, *posicionarse ante cualquier idea* era exactamente igual que *optar, decidirse, adoptar una postura*, etc., de ahí su absurda y caprichosa creación. La sandez se extendió tanto entre los *másters*, con palabras de Lázaro, «*ahormados a diestras o a zurdas en Oxford y en Harvard*» como entre los políticos, siempre subyugados por el anglicismo ignoto a modo de herramienta de conversión.

Nuestro *posicionar* futbolístico no tiene este origen tan europeo, sino otro, ridículo como el anterior: la manía *sesquipedálica* de la que nos ha hablado, entre otros, Amando de Miguel, y que consiste en el afecto por las palabras más largas; o sea, el hablante alarga una palabra ya existente con nuevas derivaciones, cuyos significados vienen a coincidir con el de algún

estado anterior. Del verbo *poner* se crea el sustantivo *posición*, «*actitud o modo en que algo está puesto*», y del sustantivo se crea un innecesario derivado verbal *posicionar* con el significado de *poner, colocar*; de ahí un nuevo y doblemente absurdo derivado, esta vez sustantivo, *posicionamiento*, que significa *posición*, ni más ni menos, sólo que los que lo utilizan se sienten agradablemente distintos y distinguidos en su deporte favorito, que no es el fútbol, sino el *descubrimiento de mediterráneos*. El fenómeno está hoy extendidísimo: *influir, influencia, influenciar, influenciación o concretar, concreto, concretizar, concretización*, etc. Por tanto, cuando un periodista o comentarista dice que tal equipo está bien *posicionado* en el campo, lo que quiere decir es que está bien *colocado*, si bien esta palabra es la castiza, no crea ambigüedad y, lo que es peor, no se ajusta a la moda *sesquipedálica*.

Por último, *receptionar* un balón. La palabra *receptionar* no existe en el diccionario de la RAE, aunque sí *recibir y recepción*, sustantivo de donde se forma el vocablo, pero con un significado que ya existe y que, si en una época se consideró como galicismo, hoy está más que expandido y aceptado en el lenguaje sectorial futbolístico: *controlar* el balón. Por tanto, no tiene sentido alguno la introducción de un término tan ambiguo en nuestra lengua, puesto que no va a aportar absolutamente nada nuevo si no es la confusión y la manifiesta ignorancia de estos amantes de los nuevos y alargados vocablos.

Es una responsabilidad abrumadora la que cada generación recibe de las anteriores; por tanto, puesto que una lengua equivoca reduce, a su vez, el mundo de ideas de las que procede, no empobrecamos la nuestra; para su salvaguarda, nada mejor que, sin llegar a esa actitud de contención y de criba desencadenada por los franceses, crear la conciencia en nuestro sistema educativo de que si bien los conocimientos lingüísticos descriptivos o cuantitativos son una exigencia de los tiempos actuales nada lo es más que el alumno de cualquier nivel se afane por conocer y utilizar bien su propia lengua. La medida, por desgracia, tendría un coste excesivo: el de superar los absurdos prejuicios de trasnochamiento. Casi nada.

EL PERICH



Israel: ¿Unas elecciones para la paz?

MANUEL CRUZ

EN las elecciones generales del próximo martes, día 23, Israel se enfrenta a una más de sus muchas citas con la Historia, en la que va a jugarse el futuro inmediato, no sólo del país, sino de todo el Cercano Oriente cuyo proceso de pacificación, emprendido el 30 de octubre del pasado año en Madrid, pende del resultado del escrutinio.

Si la derecha conservadora, dirigida por Isaac Shamir, logra mantenerse en el Poder, las esperanzas de paz en la candente región quedarán reducidas casi a la nada. Por el contrario, si gana la izquierda moderada, que desde hace unos meses lidera el ex general Isaac Rabin, uno de los héroes de la *guerra de los seis días*, la inestabilidad en que vive la región desde hace 45 años puede empezar a cambiar de signo. Esta es, al menos, la opinión de buena parte del electorado judío, dividido entre *halcones* que se niegan a cualquier tipo de compromiso que signifique el menor recorte al Eretz Israel —la tierra prometida—, y *palomas* que consideran necesaria una negociación política para convivir con los palestinos. Pero si se pregunta a los protagonistas *mudos* de estas elecciones, los palestinos, la respuesta es inequívoca: ni unos ni otros tienen la menor intención de resolver el auténtico problema que man-

mir y Rabin son más de matiz que de fondo, como se ha puesto una vez más de manifiesto en el debate televisivo que enfrentó a los dos grandes rivales en vísperas del escrutinio. Ambos coinciden en mantener la soberanía israelí sobre los territorios ocupados, pero mientras Shamir es partidario de la disuasión militar con los vecinos árabes y de integrar a los dos millones de palestinos que viven en Judea, Samaria y Gaza, como ciudadanos de Israel, lo que alejaría toda posibilidad de un eventual Estado palestino, Rabin, más sutil, cree que debería concederse un régimen de autonomía a esos territorios habitados por los árabes, dejando a generaciones futuras la busca de una fórmula más definitiva de convivencia entre las dos comunidades.

Esta idea de dejar la patata caliente a las futuras generaciones de dirigentes israelíes —y, por tanto, árabes— es cada vez más compartida por un electorado que

generación que conquistó la independencia israelí con las armas —terrorismo incluido— y se ha forjado en un ambiente de lucha continua por la supervivencia, entre la admiración indisimulada del mundo occidental. Aunque esté a punto de agotarse, esa generación de guerreros políticos, a la que pertenecían los Ben Gurion, las Golda Meir, los Dayan, los Begin y tantos otros *héroes* históricos, sólo tiene ante sí la experiencia de la guerra como único método conocido de paz, salvedad hecha de los acuerdos de Camp David. Pero si la fórmula ha sido válida mientras el mundo estuvo dividido en los dos grandes bloques, los cambios de los tiempos no han hecho mella todavía en ese espíritu que la caracteriza, acentuando por la *Intifada* palestina y el radicalismo islámico.

En el fondo, tanto la política de intransigencia de Shamir como la flexibilidad

queda también el rechazo árabe al reconocimiento del Estado de Israel, tan solo supeditado al reconocimiento recíproco israelí del *hecho* palestino.

Donde ha fracasado toda la exhibición de poderío militar israelí y toda la mano dura empleada con la resistencia palestina, es en hacer olvidar a los árabes la resolución 242 de las Naciones Unidas, que obliga a Israel a retirarse de los territorios ocupados. Los judíos que votarán el martes, se inclinan por el Likud o por el Partido Laborista, son conscientes de que una paz duradera es imposible sin acatar este mandato internacional, vadeado hasta ahora sin excesivos problemas gracias, sobre todo, a un apoyo, el americano, que empieza a declinar. Pero todavía no ha surgido un líder que les convenza de que no habrá más remedio que renunciar voluntariamente a parte de la herencia bíblica, fundamento de la existencia misma de Israel, como una garantía de seguridad más eficaz que la intransigencia. De ahí que no resulta nada sorprendente que dos rivales de las elecciones del martes, Shamir y Rabin, no hayan excluido la eventualidad de un gobierno de unión nacional si el escrutinio no se decanta con claridad por uno de ellos.